

## ARTÍCULOS



VICTORIANO CAMAS BAENA\*

## EL COMUNITARISMO COMO ESTILO DE VIDA EN VÍAS DE DESAPARICIÓN<sup>1</sup>

### 1. Introducción

Uno de los tipos de asalariados agrícolas andaluces por excelencia es el oliverero: o sea, el que depende del trabajo en el olivar como forma básica de existencia, tal el caso ejemplar de los jornaleros de Bujalance (Córdoba). En la investigación *Identidad jornalera y cultura del trabajo en el olivar de Bujalance. La mirada etnobiográfica como espacio interdisciplinar en la investigación social* (Camas, 2003) indago quiénes y cómo son estos jornaleros: el sistema de normas y valores que rigen sus estrategias y modos de actuar en la vida cotidiana, en el trabajo, el amor, la familia, en las relaciones intra e inter-grupales. El proceso de hacerse jornalero y los distintos modos de serlo, las diferencias entre hombres y mujeres, entre niños, jóvenes, adultos y viejos, los ciclos vitales, las trayectorias laborales. Su visión del mundo, de España, de Andalucía, de su pueblo, de la historia, la política, la economía, de la religión. Sus formas de lucha, de diversión. Sus deseos, necesidades y aspiraciones, sus miedos, incoherencias y contradicciones. Los cambios vividos a lo largo del último siglo, las claves que definen su realidad pasada, presente y el previsible futuro. Investigo los ejes articuladores de su identidad y cultura del trabajo desde los factores macro estructurales derivados del contexto histórico-económico-social-político al que pertenecen y que determinan a su comunidad, a su colectivo y a sus grupos domésticos... Pero también cómo se construyen en tanto sujetos activos, más allá y acá de las constricciones derivadas de dichos sistemas y estructuras.

---

Recibido: 14-V-2014

Versión final: 3-VII-2014.

\* Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina. Av. Diego de Almagro N32-133 y Andrade Marín, Quito, Ecuador. Correo electrónico [vcamas@ciespal.net](mailto:vcamas@ciespal.net)

<sup>1</sup> El presente trabajo fue patrocinado por el Proyecto Prometeo de la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación de la República del Ecuador.

La intención inicial al abordar este proyecto fue, en realidad, sumar un humilde grano de arena al, por desgracia, reducido grupo de autores que, desde hace tiempo, vienen señalando la paulatina desaparición de formas de vida, de culturas e identidades en la España actual, especialmente en el sector agrario andaluz y, dentro de este, el de los trabajadores asalariados, los jornaleros. Sabíamos, y hoy lo constatamos como una de las conclusiones de esta investigación, que este colectivo está viviendo, desde el último tercio del siglo xx, un proceso de redefinición profunda, y nos atrevemos a decir que irreversible, de los ejes principales que sostienen su identidad, su cultura y, en definitiva, de su estilo de vida comunitario. Dicho proceso, como veremos en los siguientes epígrafes, viene determinado por la progresiva implantación del capitalismo agrario (la mecanización de las labores, la producción intensiva) y la entrada en vigor de las medidas asistenciales estatales y europeas («el “paro” o subsidio agrario»).

En síntesis, el estudio se basó en un análisis comparativo e integrado entre la información producida mediante varias fuentes documentales (historias de vida, autobiografías, documentos personales, observación participante y datos secundarios provenientes de la prensa escrita, de distintos archivos y de textos especializados) con el propósito de construir un recorrido que mostrase, y permitiera comprender, el proceso de cambio sucedido en la identidad y la cultura del trabajo de los jornaleros bujalanceños a lo largo de los últimos cien años. Para ello, construimos un modelo que dimos en nombrar «la mirada etnobiográfica», que aporta datos novedosos a la luz de los cuales se muestra necesario un análisis más profundo de los estudios y textos elaborados al respecto de los jornaleros andaluces a lo largo del siglo xx y, en concreto, en los núcleos de tradición anarquista. Al menos, esto es lo que puede deducirse si nos atenemos a los testimonios expresados por los informantes cuando manifiestan sus experiencias sobre la evolución producida en su comunidad, en su grupo de pertenencia y, más en concreto, en lo referente a los aspectos vinculados a la cultura del trabajo.

Testimonios orales que se complementan en coherencia con las otras fuentes documentales utilizadas (testimonios escritos y datos secundarios) a la hora de abordar analíticamente el devenir social de los sujetos protagonistas de este estudio. La mirada etnobiográfica abre la posibilidad de tratar una de las problemáticas más debatidas históricamente y, a la postre, menos resueltas por la comunidad de investigadores de lo social: la limitación que supone emplear exclusivamente una u otra determinada fuente documental, generalmente siempre en función de la disciplina teórica en la que el investigador o la investigación se adscriben. No hay que olvidar que la historia oral, entendida como disciplina autónoma en lo metodológico, corre el peligro de limitar sus potencialidades analíticas y de comprensión en tanto la técnica de la historia de vida se convierta en exclusiva y excluyente de otras que, complementarias a ella, la enriquecen ampliando el conocimiento de la realidad social (algo que, quizá en demasía, caracteriza a los estudios que los historiadores orales han publicado los últimos años). A este respecto, coincidimos con Juan José Castillo cuando afirma, en referencia al estudio de la memoria del trabajo que

no debe, en modo alguno, confundirse, como tantas veces se hace, de forma simplista, desde el punto de vista metodológico, con el tipo de fuentes que se utilizan. Y la tendencia más establecida suele identificar «memoria del trabajo» con el uso, en la reconstrucción histórica del pasado, de las fuentes orales, de la historia oral, de la biografía (Castillo, 2004: 2).

Es por ello que, retomando el espíritu crítico y aperturista que caracterizó el movimiento de la historia oral en sus inicios y más en concreto la perspectiva biográfica, parezca muy oportuno hoy, cuando todo apunta a su consolidación como disciplina con identidad propia, continuar apostando por uno de los rasgos que mejor la definen: su mestizaje nómada en lo teórico, en lo metodológico y en la praxis.

Mestizaje del que partimos y que en esta investigación responde tanto a una apuesta epistemológica de fondo como a la necesidad de adecuarlos, de modo coherente y flexible, a la complejidad de nuestro objeto de estudio: la identidad y la cultura del trabajo. En efecto, la esfera de lo identitario constituye en cualquier sector social una dimensión de la realidad que requiere, para su cabal estudio, de un dispositivo analítico articulado desde una doble mirada «psico-socio-antropológica e histórica», que permita: de un lado, y desde lo teórico, plantear la identidad en sus diversas y complejas dimensiones que hay que integrar, además, dentro de sus sistemas de referencia de los que forma parte (en nuestro caso y como veremos, la cultura del trabajo) y en función de las distintas condiciones que repercuten de forma directa en ella (históricas, sociales, económicas, culturales, políticas). Viene al hilo, para concluir este epígrafe, las acertadas palabras de Juan José Castillo:

es el objeto de investigación, la preocupación por (y la construcción teórica de) ese objeto, la que define los recursos metodológicos que necesariamente han de ponerse en práctica. Los estilos de pensamiento que se funden en la plataforma teórica de la arqueología industrial, como confluencia de saberes, se fecundan y fertilizan mutuamente. Se enriquecen y mudan al poner en práctica el trabajo de campo, la investigación concreta (Castillo, 2004: 15).

## *2. El carácter fundante de las culturas del trabajo*

Las culturas del trabajo han sido, por lo general, estudiadas desde la identidad de clase, siguiendo los presupuestos del modelo estructural-funcionalista, que obvia las consecuencias culturales generadas por las desigualdades sociales, los conflictos y la heterogeneidad que caracteriza a las sociedades complejas. Incluso cuando el énfasis se pone en el nivel de la comunidad, las conceptualizaciones en torno a las culturas del trabajo son pobres y tendentes al folklorismo (Moreno, 1991: 601). Muchas investigaciones, así, no abordan el análisis de la estructura de clases y sus consecuencias culturales ni dilucidan si existen o no diferencias de clase en el seno de una comunidad concreta; solo acceden al sistema de estratificación sin tener en cuenta las diferencias entre clase y estratos.

Lo importante en este terreno es tener en cuenta que la mayoría de investigaciones suponen que clase social es igual a cultura de clase, algo que simplifica en exceso situaciones y experiencias distintas. Así, braceros agrícolas, mineros, pescadores, obreros de la industria pueden clasificarse dentro de una misma clase social, pero con culturas diferentes. La clave estaría, pues, en considerar, a la vez, la clase social (y el nivel de conciencia de clase) y los procesos de trabajo concretos. Esto permite superar, de un lado, el reduccionismo y la abstracción del concepto culturas de clase; y de otro, el excesivo particularismo que establece un número ilimitado de culturas y subculturas ocupacionales y profesionales. En la realidad social, las relaciones sociales de producción se viven concretadas en procesos de producción específicos, y los procesos de trabajo se enmarcan en unas determinadas relaciones de producción (Palenzuela, 2014: 70). Por ello, es coherente analizar las culturas del trabajo entendiendo por tales las que se generan en los diversos procesos de trabajo desde las distintas posiciones en las relaciones de producción.

Hasta finales del pasado siglo, muchos estudios se han centrado en dimensiones parciales de las culturas del trabajo: la tecnología cultural, las formas de relación entre evolución técnica, nuevas relaciones sociales y nuevas prácticas culturales; las culturas de empresa; la cultura material que describe objetos y establece tipologías (Palenzuela, 1995). Estudios que no entran a fondo en el ámbito de las representaciones ideológicas, la significación de los distintos tipos de trabajo para los diversos sujetos sociales. Conviene mencionar algunas excepciones de sociólogos italianos que sí se interesan por la significación del trabajo, el lugar que este ocupa y cómo influye en la vida de las personas; otros se centran en el tema de las representaciones y las ideologías sobre el trabajo y, más en concreto, en los modelos cognitivos, valorativos y motivacionales. Mientras que la línea francesa se interesa más por los conocimientos y saberes contenidos en los procesos de trabajo.

Moreno (1991: 605) propone integrar las investigaciones francesas e italianas re-conceptualizando el constructo de cultura del trabajo. Así, el proceso de trabajo y la posición que se ocupa en este (determinada por la división social del trabajo que generan las relaciones sociales de producción donde se integra dicho proceso) se hallan en la base de las condiciones materiales de la existencia, condicionan e impregnan todos los ámbitos de la vida. Se genera, pues, no solo una cultura sobre el trabajo sino también una cultura desde el trabajo. Desde esta perspectiva se puede comprender mejor la centralidad que el trabajo tiene para la existencia humana, como actividad articuladora de lo tecnológico y lo simbólico, de los niveles económico, sociopolítico e ideológico.

Vemos, pues, que la cultura del trabajo tiene sus precursores más directos en los autores que, desde la antropología social, han realizado estudios etnográficos de habilidades y capacidades técnicas que se adquieren con la práctica de oficios artesanales-tradicionales, y que tendrían mayor capacidad de marcar a sus portadores con una identidad particular. Otras líneas de investigación sobre la cultura del trabajo se refieren, de un lado, a lo relativo a la cultura de empresa y, de otro, a los estudios sobre identidad

local o comunitaria en zonas y pueblos donde existe una prolongada tradición productiva y, por tanto, con una cultura del trabajo peculiar que determina la identidad colectiva. Este tipo de estudios presentan el inconveniente de basarse en una estrecha y superficial correlación entre cultura del trabajo y proceso técnico de trabajo. El ámbito laboral y el tiempo de trabajo se utilizan como ejes y contextos exclusivos. Tampoco contemplan la extensión de la cultura del trabajo más allá de estos ámbitos.

En este recorrido hay que mencionar la figura de P. Bouvier y sus investigaciones sobre cultura y etnografía obrera, que le llevan a plantear la necesidad de otorgar identidad teórica y metodológica a la «socio-etnología del trabajo»: una síntesis entre la antropología social y cultural y la sociología del trabajo que aborda con coherencia la investigación sobre la cultura del trabajo (Bouvier, 1990). Pretende verificar la coherencia y potencialidad epistemológica del concepto cultura del trabajo, postulando:

- La centralidad, material e ideática, del trabajo en la vida social global y no solo en los ámbitos de la producción;
- El creciente proceso de fragmentación social y la diversidad de prácticas sociales en el interior de una misma clase social;
- Las diferentes experiencias que tienen como base los procesos de trabajo y la posición que ocupa cada individuo en las relaciones sociales de producción;
- La insuficiencia explicativa del análisis de clases sociales frente a la complejidad social;
- La articulación de los elementos estructurantes de la identidad social de los individuos y de los grupos (la posición de clase y profesión, el género, la etnicidad, la generación, la posición ocupada en la familia y los factores individuales) en torno a la cultura del trabajo.

Estos y otros autores están realizando notables esfuerzos para que la cultura del trabajo sea considerada objeto específico de estudio de la antropología del trabajo (Palenzuela, 1996). Especialización de la antropología cuya referencia se encuadra en la antropología económica y en la confluencia de esta con los aportes teóricos y metodológicos del paradigma materialista. Los antropólogos materialistas proponen volver la vista hacia la producción como punto de partida para la comprensión de las racionalidades de los distintos sistemas económicos. Es en la producción de bienes y servicios (que responden a necesidades socialmente determinadas) donde encontramos los procesos de trabajo, y en ellos, el trabajo. Así, la antropología del trabajo focaliza su atención en los procesos de trabajo y los aborda desde una doble perspectiva:

- Como espacio en el que se materializan, y se viven día a día, relaciones sociales que fijan la posición estructural de los individuos entre sí y de estos con los medios de producción, dando lugar a prácticas sociales de colaboración, consenso, negociación y conflicto.
- En tanto que ámbitos en los que se genera una doble producción simultánea: material e ideática.

La antropología del trabajo toma, así, como objeto de estudio el trabajo y sus representaciones. Objeto que desborda el que caracterizan a la antropología industrial, su precursora. El armazón metodológico de la antropología del trabajo lo trama la articulación dialéctica entre las formas que adopta la organización y el control de los procesos de trabajo, y la producción ideológica específica que desde ellos se genera, y sobre ellos influye, en cada contexto socio-histórico.

Esta doble perspectiva escapa a las aproximaciones etnográficas al uso, ya que perciben el trabajo solo como conjunto de saberes y habilidades que, adquiridos y definidores de un grupo, constituyen una específica cultura del trabajo que los investigadores deben reconstruir y re-significar. El concepto de cultura del trabajo que esta nueva antropología postula desborda el ámbito y el tiempo de los procesos de trabajo para, desde la inserción en ellos, posiciones sociales de producción y a partir de sus elementos constitutivos, orientar las prácticas sociales (dentro y fuera del trabajo) y moldear una específica cosmovisión (Palenzuela, 2014: 69). Por esta doble dimensión (prácticas y valores), las culturas del trabajo se constituyen, debido a la centralidad del trabajo en la vida cotidiana y en el psiquismo de los sujetos, en uno de los tres factores (junto a la identidad étnica y la de género) estructurantes de la identidad social, desplazando en su operatividad explicativa a la categoría identidad de clase. Esta es la propuesta que sirve de marco para los estudios que el GEISA (Grupo para el Estudio de las Identidades Socioculturales, Andalucía) realiza respecto a las identidades andaluzas.

Se llega, así, a redefinir la cultura del trabajo como

el conjunto de conocimientos teórico-prácticos, comportamientos, percepciones, actitudes y valores que los individuos adquieren y construyen a partir de su inserción en los procesos de trabajo y/o de la interiorización de la ideología sobre el trabajo, todo lo cual modela su interacción social más allá de su práctica laboral concreta y orienta su específica cosmovisión como miembros de un colectivo determinado<sup>2</sup>.

El trabajo, así entendido, se configura como elemento central de la vida social: contribuye con su aportación material a la subsistencia del grupo y es fuente, desde las formas que adopta su representación ideática y simbólica, de argumentos de legitimación de la estructura social, reproduciéndola o transformándola (Reygadas, 2002). Las experiencias que proporciona la cultura del trabajo son fundamentales para la constitución de la identidad, en nuestro caso, de los jornaleros del olivar bujalanceño.

Para Palenzuela (1995: 12) –habida cuenta que la sociología del trabajo y la historia social han recorrido un largo trecho en el estudio de las formas en que el capitalismo ha adoptado la organización de los procesos de trabajo, los sistemas de control, la expropiación de los saberes de los trabajadores mediante la descualificación y las resistencias manifestadas

<sup>2</sup> Palenzuela (1995), p. 13.

por estos— le queda a la antropología del trabajo desvelar los procesos de elaboración, difusión e internalización de las ideas y los valores asignados al trabajo y comprobar en las prácticas sociales hasta qué punto la cultura del trabajo contribuye a la conformación de la identidad social (Palenzuela, 2005). En definitiva, el estudio de la relación dialéctica entre lo material y lo ideático en una cultura del trabajo ha de contextualizarse dentro del continuo proceso de reelaboración y re-significación (incorporación de nuevos modelos, valores, etc.) que imponen los sistemas de regulación y acumulación dominantes en cada fase de las formaciones económico-sociales.

Compartimos con estos autores la opinión de que el propio proceso de trabajo es principal soporte para la valoración de las personas y se utiliza de criterio de clasificación social. A través del trabajo se genera una identidad, una cultura que modela muchos de los valores, representaciones y prácticas sociales de los sujetos y sus grupos de pertenencia. Así se entiende que la cultura del trabajo permita comprender la variabilidad de prácticas sociales existentes de una determinada sociedad o colectivo y la diversificación en el seno de las clases sociales; pues aglutina el conjunto de conocimientos teórico-prácticos, comportamientos, actitudes y valores que los individuos adquieren y construyen a partir de su inserción en los procesos de trabajo y/o la interiorización de la ideología sobre el trabajo. Todo lo cual modula su interacción social más allá de su práctica laboral concreta y orienta su específica cosmovisión de miembros del colectivo (De la Garza, 2012). Nuestra crítica a estos autores es que dejan fuera de su modelo algunas dimensiones que, desde nuestra investigación, aparecen básicas en la identidad de los jornaleros: deja fuera al individuo, no tiene en cuenta que la posición laboral es un factor clave, igual que el lugar ocupado en la familia.

Dicha cultura del trabajo se expresa tanto dentro de los tiempos y espacios del trabajo como fuera de ellos. Es decir, la cultura del trabajo modula la identidad social de los individuos y tiene expresión en todos los ámbitos de la vida (Budd, 2011). En nuestra investigación mostramos cómo se materializa la cultura del trabajo jornalera en el ámbito concreto del olivar bujalanceño, y ello desde un enfoque diacrónico. Daremos cuenta, así, de las diferentes fases por las que esta cultura del trabajo ha transitado, para concluir que la confluencia del cambio en los modos de producción (mecanización, etc.) con la política asistencia del Estado ha transformado las bases materiales e ideológicas sobre las que se sustenta la cultura del trabajo jornalero en Bujalance desde hace siglos.

Por último, demostramos cómo el trabajo «a buen común» es una manifestación condensada de la cultura del trabajo jornalero en Bujalance no solo en el ámbito laboral. El trabajo «a buen común» (en cuanto modelo ideal e ideológico) se convierte en modo de vida, aunque también podría decirse a la inversa, en fin, que vida y trabajo son dos dimensiones que mantienen una relación dialéctica, íntima, a través del modo «a buen común». En definitiva, constatamos empíricamente que la cultura del trabajo constituye la matriz desde la que los jornaleros bujalanceños construyen su identidad. Es el marco desde el que se ordenan el resto de principios estructuran-

tes de su identidad, tales como la clase, la etnia, el género, lo ideológico, la generación, la posición ocupada en la familia, así como los factores individuales. De igual modo, mantenemos que la cultura del trabajo es el eje que articula la vida social de la comunidad: las dinámicas y redes sociales, los tiempos y espacios del trabajo y del ocio.

### *3. Un modelo comprensivo de las dinámicas de la identidad jornalera*

Los datos producidos en la investigación nos llevan a plantear que los principios estructuradores de la identidad jornalera en Bujalance se combinan desde la matriz que proporciona la cultura del trabajo, de modo particular e irrepetible en cada jornalero, aunque siempre manteniendo un conjunto de rasgos comunes que nos permite sostener la especificidad de una identidad de grupo, distinta a la de otros jornaleros de otras comunidades y a la de los campesinos y demás sectores sociales de Bujalance. El siguiente cuadro resume de modo gráfico nuestro modelo de análisis de la identidad jornalera desde la cultura del trabajo.

La cultura del trabajo actúa sobre las dimensiones estructurantes de la identidad jornalera, que, a su vez, se relacionan entre sí de modo dinámico. El sistema resultante queda influenciado por factores socio-estructurales que, pasados por el tamiz de la cultura del trabajo jornalera, se corresponden con un sistema de normas y valores que constituyen los factores socio-simbólicos. Del mutuo juego entre lo socio-estructural y lo socio-simbólico resultan unas prácticas, un conjunto de acciones que podemos denominar cultura del trabajo jornalero. Estas prácticas abarcan las cuatro dimensiones de la identidad: lo social, lo ideológico, lo laboral y lo individual.

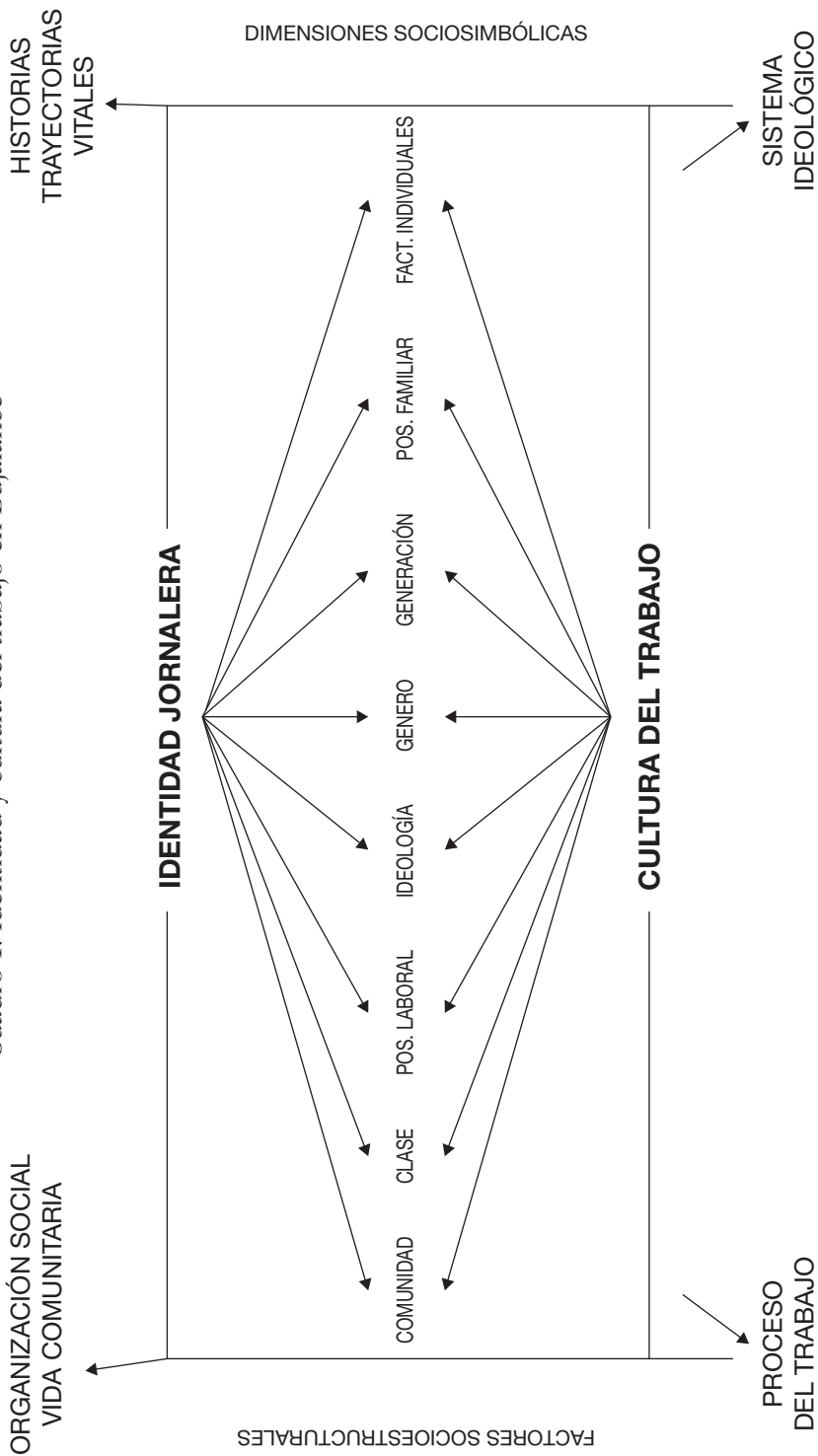
#### *3.1. Elementos socio-estructurales*

Lo dado por el sistema socioeconómico en cada etapa histórica hace que la cultura del trabajo se acomode a las condiciones y ello afecta, en mayor o menor medida, a las cuatro dimensiones: social-comunitaria, sistema ideológico, proceso del trabajo y trayectorias individuales. Factor socio-estructural determinante es el latifundio del monocultivo olivarero en cuanto modo de producción característico en Bujalance. La evolución del capitalismo agrario en España, en Andalucía y más en concreto en el contexto de la campaña cordobesa del Alto Guadalquivir, ha determinado en gran medida la evolución de Bujalance y, por supuesto, del sector de los jornaleros. Factor socio-estructural es el Estado en su apoyo a la implantación de las distintas etapas del capitalismo. Factor socio-estructural es el patriarcado y la división que establece en cuanto al género.

- Dimensión socio-comunitaria: Influencia de los factores socio-estructurales en la estructura social, redes sociales y modos de vida. La organización y dinámica de las redes sociales comunitarias están en



Cuadro 1: Identidad y cultura del trabajo en Bujalance



gran medida atravesadas por la posición socio-laboral de cada sujeto. Los jornaleros tienen su lugar específico, que no es igual al de los campesinos, obreros, medianos o grandes propietarios. Planteamos que la estructura social de la comunidad viene determinada por la posición socio-laboral de cada persona. El proceso de cambio muestra cómo la heterogeneidad del sector de los jornaleros tiende a reducirse de un tiempo acá. También tiene consecuencias en los modos de vida: Hay dos tipos de dinámicas sociales básicas: de solidaridad y mutua ayuda y las de control social. Estas dinámicas se ponen en evidencia a nivel del individuo, del grupo doméstico, de la familia extensa, las redes vecinales, de amistad y en los grupos de trabajo (cuadrillas). El proceso de cambio en este sentido ha sido la pérdida paulatina de la solidaridad y el incremento del control social: del estilo de vida tradicional-comunitario al individualista-consumista. En esta dimensión hay que incluir, además, la influencia del trabajo en la vida comunitaria: ritmos de trabajo/ocio, los espacios y tiempos de las mujeres y de los hombres.

- Dimensión ideológica: Influencia de los factores socio-estructurales en lo ideológico: tipología de posiciones de conciencia de clase en lo socio-comunitario y en el trabajo. Proceso de des-ideologización jornalera. Relaciones y conflictos inter e intra-clase en el ámbito de lo comunitario y en el trabajo.
- Proceso del trabajo: Los modos y las relaciones sociales de producción en el devenir del tiempo. Del paternalismo señorial al capitalismo agrario: proceso de cambio en el trabajo jornalero del monocultivo olivarero.
- Trayectorias individuales: Tipología de trayectorias vitales diferenciadas según género, linaje, lugar ocupado en el grupo doméstico, generación, posición socio-laboral y aptitudes individuales. Proceso de homogeneización de las trayectorias vitales: de la amplia variedad de itinerarios del pasado a la actual reducción como «subvencionados-buscavidas, compañeros o albañiles-camareros-jornaleros». La influencia de lo socio-estructural en la construcción de los ciclos vitales de los jornaleros.

### 3.2. *Elementos socio-simbólicos*

Sistema de actitudes, normas y valores que configuran la vida social comunitaria, la ideología, el proceso del trabajo y las trayectorias vitales.

- Dimensión socio-comunitaria: Sistema de normas y valores en las dinámicas de solidaridad y de control social: El jornalero cabal y el «morcillero». La mutua ayuda (cada cual entrega lo máximo de sí, en función de sus capacidades y recibe en función de sus necesidades. Honor y prestigio) frente al individualismo competitivo.
- Dimensión ideológica: Sistema de normas y valores en la actuación inter e intra-grupo, tanto en lo social como en el trabajo.

- Proceso del trabajo: Sistema de normas y valores que rigen el trabajo. Mutua ayuda versus individualismo competitivo. Proceso histórico del modo de trabajo «a buen común».
- Trayectorias vitales: Las normas y valores morales contenidos en las distintas etapas del ciclo vital de los jornaleros.

Resultado del análisis surge la necesidad de revisar lo que diversos autores han expuesto sobre: a) las diferencias a nivel identitario y de las culturas del trabajo entre los jornaleros y la «clase obrera», en general, y entre los primeros y los campesinos en particular; b) la heterogeneidad dentro del propio colectivo de los jornaleros; c) las interpretaciones respecto al sistema de normas, valores y prácticas que articulan y organizan la cultura del trabajo, los modos de vida y de ser de los jornaleros andaluces y, más en concreto de los que dependen del monocultivo olivarero<sup>3</sup>.

En cuanto al primer aspecto, muchos de los estudios clásicos en el análisis de la identidad de los andaluces no abordan con coherencia la heterogeneidad y las divergencias sociales y culturales existentes entre grupos sociales que, por lo general, se engloban en la categoría de «pueblo» o clase social obrera. Así, son pueblo jornaleros, campesinos, artesanos, albañiles. Eso sucede, por ejemplo con el clásico estudio de Pitt-Rivers sobre Grazalema (Pitt-Rivers, 1989), en el que los jornaleros no son considerados desde el punto de vista de su condición laboral y social: en realidad no se analiza su economía concreta, su ideología, su cultura, su trabajo, sino que aparecen indiferenciados del resto del pueblo. Por esto, coincidimos con la propuesta de Frigolé (citado por Contreras, 1991: 500) quien mantiene que cada grupo social debe ser estudiado en términos de subsistema, analizando su específica organización y su relación con los demás grupos. En referencia a las diferencias sociales y culturales entre campesinos y jornaleros, nuestra investigación muestra que deben revisarse y replantearse la hipótesis mantenida por la mayoría de autores de que no se pueden establecer diferencias entre ambos colectivos (Sevilla Guzmán, 1984 y 1993). Así, los jornaleros constituyen históricamente un grupo social diferenciado de los campesinos, a pesar de que existan rasgos compartidos entre ambos colectivos y de que la frontera que los separa sea flexible, porosa.

De otra parte, aunque en la actualidad el colectivo de los jornaleros presente una estructura intra-grupo muy homogeneizada, en el pasado reciente dicha estructura se caracterizaba por una compleja heterogeneidad. La división social que el modo de producción latifundista generaba en el sector de los jornaleros antes de la mecanización de las faenas tenía un efecto en la diversidad de posiciones a la que los trabajadores podían optar. Estas diferentes posiciones en el proceso del trabajo influyen, de manera determinante, en la estructura social de la comunidad y en la configuración del propio sector de los jornaleros. Así, hasta la mecanización existen en Bujalance varios subgrupos dentro de este colectivo: jornaleros temporeros, especialistas, manijeros, encargados, yunteros-arrieros... Cada

<sup>3</sup> Contreras, 1991; Gavira, 1993; Martínez Alier, 1968; Pérez Yruela, 1979; Pitt-Rivers, 1989; Sevilla Guzmán, 1984, 1993.

uno de estos subgrupos presenta, a su vez, una diferenciación interna: jornaleros fijos, semi-fijos, fijos, etc. Complejidad intra-grupo que pone en cuestión los argumentos desarrollados por autores que, como Gavira (1993), tienden a simplificar en exceso esta cuestión.

#### *4. El trabajo «a buen común» como matriz estructurante de la cultura y la identidad jornalera*

En los jornaleros de Bujalance, la identidad se construye desde la matriz que les proporciona la cultura del trabajo. Esta deviene en principal soporte de sus estilos de vida, de sus prácticas sociales. Por tanto, no solo consiste en un conjunto de saberes teórico-prácticos, comportamientos, actitudes y valores adquiridos y contruidos a partir del mundo del trabajo, como plantea Pérez Yruela (1979); sino que, desde la interiorización de la ideología derivada de este, tiene expresión en todos los ámbitos de su realidad, modela y orienta sus específicas cosmovisiones, sus modos de vida. Y la identidad y la cultura, el estilo de vida de los jornaleros bujalanceños se condensa en lo que ellos llaman el modo «a buen común». En principio, una peculiar forma de cultura del trabajo –tradicional en las familias jornaleras desde siglos ha– basada en la mutua ayuda, la solidaridad, la dignidad y la rentabilidad económica (obtener el máximo beneficio con el esfuerzo justo). Pero la cuestión no se basa solo en lo económico-laboral sino que, también, ha de considerarse como un dinamismo de defensa de los jornaleros frente al poder de los grandes propietarios o, por mejor decir, una práctica de autoafirmación de su identidad que busca aprovechar al máximo la escasa libertad que le queda a quien se ve obligado a vender su fuerza de trabajo para sobrevivir. En el trabajo «a buen común» existe, pues, una forma de rebeldía: es una estrategia que emplean los jornaleros para, a pesar de su situación de explotados, salvaguardar al menos parte de su dignidad, de su cultura. Cuestión que pone en entredicho los planteamientos expuestos por Martínez Alier, uno de los principales estudiosos de la cultura del trabajo jornalero en Andalucía (Martínez Alier, 1968).

Trabajar «a buen común» supone, pues, una actitud ética, un posicionamiento ideológico. Como diría Geertz, es un símbolo y, como tal, es un modelo de realidad y un modelo para la realidad<sup>4</sup>. Pero también es preciso considerarlo como un símbolo expresivo, un ritual cuyo objetivo es la puesta en escena, la evidencia representada de que parte esencial de la cultura jornalera (la mutua ayuda, la solidaridad, el comunitarismo) es un estilo de vida alternativo al individualismo competitivo que promulga el capitalismo. En efecto, el trabajo «a buen común» (en cuanto modelo ideal e ideológico) se convierte en modo, en estilo de vida, aunque también podría decirse la inversa, en fin, que estilo de vida y trabajo son dos dimensiones que mantienen una relación dialéctica, íntima, a través del modo «a buen común».

<sup>4</sup> Geertz, 1992. En concreto, véase el capítulo 8: <<La ideología como sistema cultural>>, pp. 171-202.

Analizando el proceso concreto del trabajo «a buen común» descubrimos que las representaciones, los valores, las normas, las actitudes y las prácticas que lo articulan van más allá de un modo de organización de la faena: son una respuesta al modelo social, económico, político e ideológico imperante en cada etapa histórica. Además, el trabajo es un tiempo-espacio donde se reproduce la estructura del modelo social global de cada etapa histórica, modelo que adopta una forma particular en cada contexto. En tercer lugar, las distintas posiciones que los jornaleros adoptan ante, y en, el trabajo (sus modos de organización y la aceptación o trasgresión del sistema de normas y valores que rigen la actuación en la faena) muestran que este ha de considerarse también como un espacio-tiempo donde se reproduce la ideología del modelo social imperante o donde se generan formas nuevas de ideología que pueden entrar en conflicto con la primera o integrarse como alternativas.

No obstante, tal forma de reproducción de la cultura de los jornaleros bujalanceños está en proceso de desintegración. Se están quebrando las vías de transmisión de la experiencia porque ni hay necesidad de transmitir ni hay qué transmitir ni a quien... No hace falta porque en el mundo de los jóvenes jornaleros de hoy no se puede trabajar como antes. El trabajo de la «jornalería» está en las últimas: solo existe, y ya muy cambiado por los avances técnicos, en la recogida de la aceituna. Lo que conlleva que los modos de vivir, trabajar, sentir y amar, las normas y valores que rigen su universo moral, las prácticas y estrategias familiares, comunitarias; en definitiva, el estilo de vida y, por tanto, la identidad que define a estos jornaleros, esté abocada, cuando menos, a una honda transformación y, previsiblemente, a su desaparición. El trabajo como símbolo y como virtud necesaria para subsistir, como estilo de vida articulador de la identidad es un valor en crisis, entre otros factores por la mecanización de las labores agrícolas y porque los ingresos de los jornaleros se basan en subsidios y ayudas por desempleo institucionalizados.

Hasta la entrada en vigor de estas medidas asistenciales y antes de la diversificación laboral a la que los jornaleros se ven forzados, el trabajo en el campo no solo es la única forma de sobrevivir; también una obligación moral, de orden ético, otorga dignidad, y es el eje desde el que los jornaleros dan forma a su identidad. Ser trabajador y cumplir en el trabajo han sido, aunque hoy en menor medida, la condición para ser socialmente aceptado tanto dentro del propio colectivo de pertenencia como por el resto de los grupos sociales que forman la comunidad. Dentro del universo moral de los jornaleros bujalanceños aparece idealizada la imagen del trabajador que cumple con sus obligaciones en la faena en tanto solo quien se comporte de tal forma puede llevar a cabo su destino, lo que los demás esperan de él: ser un jornalero digno, capaz de formar una familia y sacarla adelante, solidario con los compañeros. La concepción del trabajo como valor central en la identidad de los jornaleros de Bujalance es hoy en día más relativa. El prestigio del trabajo se obtiene ahora más desde la medida de los logros gananciales, monetarios, y del consumo ostentoso.

Hasta hace poco no era así. En el trabajo «a buen común» la cuadrilla de jornaleros encuentra una posición más ventajosa que en otros modos (jor-

nal, destajo grupal o individual) de cara a que parte del excedente de su esfuerzo quede de su lado y no del lado del propietario. La cuestión no es solo económica (que también, como lo demuestra el hecho de que las ganancias de las cuadrillas que así trabajan es mayor de las que lo hacen a jornal o a destajo grupal), también simbólica y ritual. Trabajar «a buen común» significa, en su propuesta ideal, que la cuadrilla es soberana para decidir aspectos de especial importancia en las normas de funcionamiento en la faena: horario, ritmo, descansos, organización concreta del trabajo, son decisiones que no atañen al propietario o a los encargados de la finca. Así, ha de considerarse también como una forma simbólica cuyo significado apunta a una estrategia emancipatoria frente al poder de los señoritos, un dinamismo de autoafirmación de la identidad jornalera, una práctica que busca aprovechar al máximo los límites de libertad que le queda a quien se ve obligado a vender su fuerza de trabajo como medio para sobrevivir.

El trabajo «a buen común» es una estrategia que salvaguarda la dignidad, la identidad jornalera, su cultura, su estilo de vida. Si no es posible un cambio estructural, sí queda el margen de trabajar como mejor creemos que nos beneficia. Trabajar «a buen común» supone una actitud ética, un posicionamiento ideológico. Es un símbolo y, como tal, es un modelo de realidad y un modelo para la realidad. Pero también es preciso considerarlo como un símbolo expresivo, un ritual cuyo objetivo es la puesta en escena, la evidencia representada de que parte esencial de la cultura jornalera (la mutua ayuda, la solidaridad, el comunitarismo) es una alternativa posible al modelo individualista que promulga el capitalismo. En el trabajo «a buen común» se refuerzan los vínculos de solidaridad y mutuo apoyo entre los jornaleros (el parentesco ritual de los compañeros que son como compadres: hoy por ti y mañana por mí), también se reproduce un universo ético cuya base moral es el reconocimiento de que el verdadero poder de transformación está en el grupo, en el colectivo consciente y responsable de sus objetivos y deseos, y no en el individuo cuyo afán es llegar a convertirse en uno de «ellos», de los que tienen poder, en un «señorito». El grupo no es posible sin el individuo consciente. Pero este es consciente porque sabe que lo que importa es la idea, el grupo, y no solo su prestigio personal.

### *5. El proceso de des-ideologización jornalera*

De modo sintético, el núcleo de las tesis aquí planteadas responde a la consideración de que la cultura del trabajo y sus manifestaciones desde lo ideológico –como constructos social e históricamente determinados, tanto en los aspectos relacionados con los modos de organización del trabajo jornalero como en las producciones ideáticas y simbólicas correspondientes–, están sometidos a un continuo proceso de reelaboración y re-significación relacionado con las cambiantes condiciones sucedidas en España, en el campo andaluz y en Bujalance con el devenir histórico del siglo xx.

Mantenemos la hipótesis de que, en la actualidad, los jornaleros bujalanceños parecen asumir, de modo adscriptivo y/o conformista, el sistema ideológico de los sectores dominantes (propietarios, Estado y políticas de

la Unión Europea); siendo así que los que hasta el final de la guerra civil son los aspectos centrales del ideario revolucionario jornalero en Bujalance (posiciones conscientes y emancipatorias alternativas al modelo impuesto por el poder), aparecen borrosos hoy. Es más, lo ideológico en tanto discurso derivado de la acción y de los posicionamientos actitudinales socio-simbólicos relacionados, pierde relevancia entre los jornaleros de Bujalance: No existen referencias a la necesidad de conseguir una revolución social, una reforma agraria o contenidos similares; ya no se pide la tierra para el que la trabaja sino que la tendencia aspiracional se subsume en convertirse en pequeño o mediano propietario, unos cuantos olivos que le den a uno, o a una, amén de una subsistencia independiente y asegurada (cuestión que permite el mercado y la valorización económica y simbólica del aceite de oliva), el prestigio necesario para ser considerado y legitimado por la comunidad como un «no jornalero». No existen proyectos de cooperativas ni nada que se les asemeje como paso intermedio y actualizado para mostrar la aplicabilidad social, política y económica de un modo de propiedad y organización laboral colectivizados. La presencia sindical, tras un tan fulgurante como efímero resurgir desde finales de los años setenta hasta principios de los ochenta, se resume en unos pocos y mal avenidos afiliados a CC.OO. y UGT: el gradual deterioro de las propias organizaciones sindicales a nivel local, y la fratricida lucha entre sindicatos, por no mencionar la vinculación y asentimiento de estas organizaciones a nivel estatal en el actual estado de la cuestión jornalera, han causado la práctica desaparición de la vida sindical de los bujalanceños: No hay, no funciona la asamblea de trabajadores ni siquiera cuando se firman los convenios laborales en la recogida de la aceituna; si bien es cierto que han existido, a lo largo de la etapa de la transición democrática, evidentes «traiciones» comarcales, provinciales, regionales y nacionales por parte de los dirigentes sindicales, empresarios, funcionarios y políticos. Con las «verdades como puños» de sus propias palabras, la actitud vital, el posicionamiento ideológico global de los actuales jornaleros bujalanceños lo sintetiza a las claras uno de nuestros informantes: *«Algo tendrán que hacer con nosotros, el gobierno o quien sea, yo no creo que nos vayan a dejar morirnos de hambre»*<sup>5</sup>.

La hipótesis comprensiva de esta situación ha de fundamentarse en el análisis del proceso histórico que caracteriza la realidad del sector social de los jornaleros. Dicho proceso indica, a nivel socio-simbólico, la prevalencia de una conciencia de usurpación, arraigada en los siglos XVIII y XIX, desde la que se demanda con una actitud individualista la recuperación o el reparto particularizado de la tierra usurpada en las distintas desamortizaciones. La semilla de esta aspiración individualizada, unida a la imposición de las condiciones socio-estructurales del incipiente capitalismo agrario, sientan las bases para que cristalice una conciencia proletarizada: Aceptación conformista-fatalista de que su único valor dentro del sistema es el de poseer la fuerza del trabajo. Puede entenderse, desde esta actitud proletarizada, que en el sistema ideológico de los jornaleros tome progresivamente

<sup>5</sup> Entrevista con Pedro Cantarero, 1998.

más peso un tipo de práctica social centrada en los aspectos reivindicativo-laborales (condiciones del trabajo, sueldos, etc.). Ambas tendencias, la aspiración individualizada por conseguir la propiedad de la tierra y las reivindicaciones proletarizadas, serán justo contra las que tendrá que enfrentarse el movimiento anarquista en su periplo andaluz de casi setenta años (de finales de 1870 a finales de 1930). El anarquismo, como sistema ideológico alternativo al impuesto por las clases dominantes, propone el paso de las aspiraciones individualistas (contaminadas por el capitalismo) a las colectivistas en cuanto a la organización de la propiedad de los medios de producción (tierra colectivizada y no reparto individual) y a la organización de la fuerza del trabajo (del trabajo individualizado por sujetos o familias a la cuadrilla que faena «a buen común»). Propuestas que requieren, antes, el tránsito de las prácticas reivindicativas-laborales a las revolucionarias: es decir, el paso de la conciencia de usurpación-reivindicativa individualizada a la conciencia revolucionaria-colectivista. Por todos es sabido que dicha transformación nunca se produce del todo, bien por efecto de las actuaciones represoras de la clase dominante, bien por la dificultad de que cristalice el nuevo sistema ideológico (en tanto prácticas y valores) en el sector de los jornaleros. El ejemplo de Bujalance nos muestra que, en realidad, solo arraiga en un reducido grupo de hombres conscientes que adoptan el papel de líderes y, en muchas ocasiones, el recurso de la imposición coercitiva ante los propios iguales que transgreden las normas del ideario o no están de acuerdo con el mismo.

En cualquier caso, lo que parece suceder, a nuestro juicio, es que la conciencia individualista-proletarizada es tan profunda en los jornaleros – condensada en el deseo de convertirse en campesinos propietarios independientes o en la posibilidad de poseer un trabajo seguro y remunerado todo el año– que resultan en gran medida infructuosas las estrategias del movimiento y de los líderes anarquistas (si bien es cierto que se estuvo en un tris de conseguirlo y que ante tal posibilidad se organizaron los poderes establecidos para impedirlo). Este período histórico culmina trágicamente con la guerra civil y la instauración del franquismo, que agudiza el proceso hacia la proletarianización de los jornaleros imponiendo y facilitando el sistema social del capitalismo agrario defendido por los ganadores. Ante las condiciones impuestas por lo que algunos autores denominan el «fascismo agrario» característico de la primera etapa de la dictadura franquista solo queda a los jornaleros la alternativa de aceptarlas desde una actitud o conciencia de sumisión e inevitabilidad, cuyo único propósito es el de la supervivencia. La única esfera en la que prevalecen algunos de los cambios que el ideario introduce la encontramos en la forma de organizar el trabajo, sobre todo en la recogida de la aceituna, donde ya no se vuelve al antiguo sistema de trabajo individual o por familias («por hilás»), sino que se mantiene la organización colectiva del trabajo «a buen común».

Será a partir de finales de los años cincuenta del xx cuando el proceso de modernización de España y su paulatina inclusión en el moderno modelo de sociedad de consumo genere un efecto directo e irreversible en la construcción de la identidad de los jornaleros, que han adoptado mayoritariamente un estilo de vida, si bien de escaso poder adquisitivo, semejan-



te en muchos aspectos a los estilos de vida urbanos. Las condiciones que marcan la sociedad española y el Estado en el ámbito de la producción agrícola potencian la disolución de uno de los ejes básicos de la identidad jornalera: su vinculación a la tierra, de la que ya no dependen para el sustento cotidiano. En este sentido, sin duda uno de los rasgos que mejor definen la realidad actual de las zonas rurales andaluzas sea el de estando los últimos pasos hacia un estilo de vida subsidiado-consumista. La «subsidiación» de la vida global de los jornaleros, las cada vez menores posibilidades de trabajar en la tierra y colectivamente (aun como asalariados, proletarizados), están terminando de disolver el rico mundo de cultura, relaciones y valores que antes conforman los ejes básicos de la identidad del trabajador del campo.

En la esfera de lo que categorizamos como endo-ideología, también la mayor parte de los valores, normas y acciones que articulan a los jornaleros de Bujalance y, por ende, al modelo de identidad que los caracteriza, han desaparecido o se han difuminado: tal sucede con los aspectos exo-ideológicos, solo la forma de organizar el trabajo mantiene (y no en todos los casos) las prácticas de la ayuda mutua, el reparto equitativo, la dignidad y el prestigio de valorar el propio trabajo, que aparecen como testamentarios funcionalizados, proletarizados podría decirse, del ideario anarquista y jornalero de los bujalanceños. Aspectos que, además, parecen haberse autonomizado del resto de la vida individual, familiar y social de la comunidad. Esto no significa que no se mantengan en lo básico la mayor parte de los contenidos endo-ideológicos, aún se sigue distinguiendo que el «nosotros» no es un grupo compacto: están los «simples» jornaleros (y dentro de ellos la división por género y por linaje), los «fijos», que son la élite (encargados, manijeros, especialistas, tractoristas), y los pequeños propietarios que siguen necesitando ejercer de jornaleros o de otro oficio para subsistir. Sin embargo, esta subdivisión también tiende a perder relevancia a medida que el subsidio equipara las condiciones de subsistencia y del nivel y calidad de vida.

## 6. Conclusión

En resumidas, la cultura del trabajo en Bujalance está en proceso de cambio profundo e irreversible. Lo que conlleva que los modos de vivir, trabajar, sentir y amar, las normas y valores que rigen su universo moral, las prácticas y estrategias familiares y comunitarias; en definitiva, la identidad y el estilo de vida «comunitarista a buen común» que define a estos jornaleros, está abocada, cuando menos, a una honda transformación y, previsiblemente, a su desaparición. El trabajo como símbolo y como virtud necesaria para subsistir, como conciencia articuladora de la identidad es un valor en crisis desde que los ingresos de los jornaleros se basan en subsidios y ayudas por desempleo que se institucionalizan. Hasta la entrada en vigor de estas medidas asistenciales y antes de la diversificación laboral a la que los jornaleros se ven forzados, el trabajo en el campo no solo es la única forma de sobrevivir; también una obligación moral, de orden ético,

otorga dignidad, es el eje desde el que los jornaleros dan forma a su identidad. Cumplir en el trabajo ha sido, aunque hoy en menor medida, la condición para ser socialmente aceptado tanto dentro del propio colectivo de pertenencia como por el resto de los grupos sociales que forman la comunidad. Dentro del universo moral de los jornaleros bujalanceños aparece idealizada la imagen del trabajador que cumple con sus obligaciones en la faena en tanto solo quien se comporte de tal forma puede llevar a cabo su destino, lo que los demás esperan de él: ser un jornalero digno, capaz de formar una familia y sacarla adelante, solidario con los compañeros, etc. La concepción del trabajo como valor central en la identidad de los jornaleros de Bujalance es hoy en día más relativa. El prestigio del trabajo se obtiene ahora más desde la medida de los logros gananciales, monetarios, y del consumo ostensible. Trabajar mucho y ganar poco es un símbolo no de honestidad sino de incapacidad para sacar partido de los recursos disponibles. El cambio producido en el proceso del trabajo jornalero ha de considerarse como factor fundamental y motor, punto de partida de los cambios generados a otros niveles en el sistema social, en lo ideológico y en la estructura de la personalidad de los jornaleros bujalanceños.

Una forma de vida que desaparece ante la previsible mecanización de la recogida de la aceituna, momento en el que los jornaleros dejarán de existir como grupo social para dar lugar a los «campañeros-subsidiados». Un final que Juan Ortega, uno de los informantes principales de la investigación, sentencia con rabia contenida y dolor en el documental *A Buen Común*: «Espero que mis hijos no tengan que ganarse la vida trabajando en el campo», entre otras cuestiones porque «ya no hay jornaleros, hay *campañeros*»<sup>6</sup>. Responsables hay muchos, uno de los principales y más recientes es el paternalismo asistencial del Estado de Derecho que ha institucionalizado el subsidio agrario; paternalismo que poco a poco está siendo sustituido por el nuevo neocapitalismo inhumano del Estado sin derecho, que obliga a los jornaleros a convertirse en feriantes de la tierra, en golondrinas obligadas a volar a la uva en Francia, al espárrago navarro, la fruta en Cataluña, la fresa de Huelva o los invernaderos de Almería; obligados a completar la miseria del subsidio con el trabajo sumergido; y de últimas, empujados a la competencia tensa y en algunos casos violenta con los inmigrantes por un trabajo agrario cada vez más precario y escaso. Nómadas del espacio pero también del trabajo: camareros, limpiadoras, albañiles, buscavidas.

Tampoco hemos de olvidar que en esta pérdida también son responsables los propios jornaleros, instalados en otra lógica, en otros afanes, en otros estilos de vida más acordes con la época actual. La dignidad del trabajo, el apoyo mutuo, la vida y la faena a buen común desaparecen, pierden peso de unos años acá ante el avance del individualismo compe-

<sup>6</sup> *A Buen Común* es un documental inspirado en la tesis doctoral a la que aludimos aquí. Producido y realizado en 1999 por Victoriano Camas, Manuel Cerezo, Jean-Vital Consigny, Ana Martínez y Manuel Ortiz, se trata de un acercamiento audiovisual a la identidad jornalera y a la cultura del trabajo basado en los testimonios de los principales informantes de nuestra investigación.

titivo en el trabajo; del patriarcado en las relaciones hombre-mujer y padres-hijos; y del consumismo ostentoso como modo de vida... Lo expresan claro y contundente los propios jornaleros:

Lo que prevalece ahora mismo en la clase jornalera y en Bujalance, es el individualismo y la cerrazón máxima. Se ha supervalorado el dinero, lo económico, eso de que «vales lo que tienes; quien más tiene más vale»... Ya sé que eso ha existido siempre, pero ahora parece ser que atravesamos un momento en el que está demasiado potenciado... Todo dios se mueve y lucha en solitario para llegar a la meta del dinero, eso es lo prioritario: tener dinero para comprar cosas... Y punto<sup>7</sup>.

Solo queda la huella, la esperanza de que podemos construir la identidad desde el modelo «a buen común». El molde está, permanece como las ideas: un estilo de vida donde no importa estar acá o allá (o sí pero como es inevitable, qué más da) sino el modo de estar. El modo de estar, de vivir y trabajar es el propio origen, el único rasgo sedentario del nómada... Y el modo a buen común merece ser conservado y transmitido.

### 7. *De la mirada etnobiográfica...*

Me acerqué a los jornaleros empleando la mirada etnobiográfica: un estilo –nómada, fronterizo y mestizo– de investigación de lo humano que recoge y combina lo propuesto por la perspectiva biográfica (y, dentro de ella, el modelo de la comprensión escénica), la perspectiva Cualitativa-Dialéctica y el modelo de la investigación-acción-participación. Ha de considerarse, pues, como una práctica –nunca como mera técnica– de investigación social donde lo esencial es reconciliar con coherencia observación, reflexión y praxis. Un modelo para investigar al ser humano dignificando su condición de persona y no tratándolo de objeto; que pone de relieve que esta no se reduce a ninguna función determinada sino que constituye una totalidad... Que estudia las (inter)acciones y sus significados, los aspectos y dimensiones subjetivas, en tanto permiten una comprensión amplia, profunda y coherente de la identidad, la cultura y la realidad social. No por ello renuncia a adquirir carácter de lo que entendemos por verdad, ciencia, conocimiento: al contrario, los hace más ricos y reconoce su inagotable riqueza. Pero, además de que el conocimiento derivado de la investigación genere un resultado que satisfaga a la Ciencia Social, la mirada etnobiográfica busca también satisfacer a la sociedad, a los grupos, a las personas implicadas en la investigación... Y son múltiples las vías para alcanzar estos objetivos.

La mirada etnobiográfica así concebida abre nuevos horizontes en la Ciencia Social que conviene seguir explorando, algo que procuro con esta investigación demostrando cómo el modelo «a buen común» se convierte

<sup>7</sup> Entrevista a Juan Ortega. Bujalance, 1998.

en estilo de vida que he procurado aplicar tanto a la investigación como a mi vida en general cuando las circunstancias lo han permitido. De lo anterior se deriva que la separación entre el sujeto investigador y el sujeto-objeto investigado, o sea el sesgo introducido por el observador en la realidad observada, constituye un problema común al saber científico. Cuestión que resulta más compleja en tanto los sujetos investigadores somos, a la postre, una parte de la sociedad que se observa a sí misma. Se comprende así que desde el positivismo se proponga un conjunto de arbitrariedades para delimitar tal separación y otro de procedimientos destinados a mitigar el efecto de dicho sesgo, siempre con el propósito de alcanzar la objetividad del investigador y de la investigación. Mera ilusión, esfuerzo baldío porque, en mi opinión, dicho sesgo, lejos de dificultar, facilita la comprensión de la realidad social y humana. La imbricación del investigador en la realidad investigada supone una cuestión de grado, depende del tipo de estudio, de su duración, del objeto, etc. Pero, en cualquier caso, no tiene que tomarse de desventaja, simplemente introduce la necesidad de una mirada atenta: reflexión y auto-análisis que deben formar parte de la investigación en tanto ni asimilación absoluta ni distanciamiento puro son posibles en el hacer del que investiga. En palabras de Juan José Castillo, el nuestro es *un enfoque reflexivo que para poder pensar el objeto, no puede en modo alguno evitar el pensarse a sí mismo, sujeto investigador* (Castillo, 2004: 3).

Así, conocemos los significados de los fenómenos sociales cuando compartimos con nuestros sujetos de estudio los valores que estos atribuyen a tales significados. En mi caso ha sido posible porque pertenezco al mismo contexto geográfico y sociocultural de mis informantes pero, ante todo, porque trabajé codo a codo con ellos, moré en sus casas, colaboré en sus luchas, en sus fiestas, he llorado y reído con ellos, los he amado y también odiado... Me he atrevido a ser uno de ellos, a vivir en mis carnes la experiencia de ser jornalero... Nada de especial tuvo el esfuerzo, fue mi deseo... Creo que toda investigación surge del encuentro entre la necesidad de quien investiga y la de los investigados. Yo quería hallar algunas de las claves de mi identidad, de mis orígenes. Provengo de jornaleros, en ellos me reconozco, por ellos soy quien soy... Esta es la investigación de un jornalero de las ideas sobre otros jornaleros de la tierra.

Un jornalero de las ideas que vive entre fronteras porque trabajo con los que están al margen, porque me muevo entre parcelas de poder y de conocimiento, porque construyo mi identidad en los entrecruces de la liminalidad. Defino mi estilo de vida como mestizaje nómada o, si se prefiere, nomadismo mestizo. Mestizaje porque gusto de mezclarme y compartir con otros saberes y experiencias, incluso con quienes defienden la pureza de lo propio como lo único y lo mejor. Nómada porque vivo de acá para allá, atravesando territorios acotados por límites y fronteras rígidas que los sedentarios construyen, y vigilan, para proteger y asegurar su identidad, su dominio, su poder.

De igual modo, apuesto en lo profesional por el nomadismo mestizo no solo por convicción, también porque la realidad de lo humano –las personas, los grupos, la cultura, la identidad– no se deja encerrar dentro de los límites rígidos que algunos emplean para separar las actuales disciplinas de

la ciencia social. Somos sistemas de sistemas, universos multidimensionales fluyendo en el tiempo. Para entendernos no basta, no alcanza la mirada del sedentario que paraliza y disecciona lo que pretende estudiar.

## Agradecimientos

Agradezco de manera especial al Proyecto Prometeo de la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación de la República del Ecuador por su patrocinio en este trabajo.

## Declaración

Declaro que no existen potenciales conflictos de interés sobre la investigación, autoría o publicación del presente artículo.

## Bibliografía

- BOUVIER, P. (1990), «El trabajo de todos los días: una interpretación socioantropológica al trabajo», *Sociología del Trabajo* 10, pp. 131-139.
- BUDD, J. W. (2011), *The Thought of Work*, Cornell, IRL Press.
- CAMAS, V. (2003), *Identidad jornalera y cultura del trabajo en el olivar de Bujalance. La mirada etnobiográfica como espacio interdisciplinar en la investigación social*. Tesis doctoral, sin publicar.
- CASTILLO, J. J. (2004), «La memoria del trabajo y el futuro del patrimonio», *Sociología del Trabajo* 52, pp. 3-35.
- CONTRERAS, J. (1991), «Los grupos domésticos: estrategias de producción y reproducción», en J. Prat, U. Martínez, J. Contreras e I. Moreno, *Antropología de los pueblos de España*, Madrid, Taurus, pp. 343-380.
- DE LA GARZA, E. (2012), «Hacia un concepto ampliado de trabajo», en Davolos (coord.), *El mundo del trabajo en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO.
- GAVIRA, L. (1993), *Segmentación del mercado de trabajo rural y desarrollo: el caso de Andalucía*, Madrid, M.A.P.A.
- GEERTZ, C. (1992), *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.
- MARTÍNEZ ALIER, J. (1968), *La estabilidad del latifundismo*, París, Ruedo Ibérico.
- PALENZUELA, P. (1995), «Las culturas del trabajo: Una aproximación antropológica», *Sociología del Trabajo* 24.
- (1996), *Buscarse la vida. Economía jornalera en las marismas de Sevilla*, Sevilla, Área de Cultura Excmo. Ayuntamiento de Sevilla.
- (2005), «El patrimonio inmaterial de los poblados de colonización: memoria colectiva y culturas del trabajo», en *PH. Boletín del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico*, núm. 52, pp. 94-101.
- (2014), «Culturas del trabajo e identidad local: Pescadores y mineros en Québec», *Sociología del Trabajo* 81, pp. 68-89.

- PÉREZ YRUELA, M. (1979), *La conflictividad campesina en la provincia de Córdoba, 1931-1936*, Madrid, Servicio de publicaciones Agrarias.
- PITT-RIVERS, J. (1989), *Un pueblo de la sierra: Grazalema*, Madrid, Alianza, <sup>2</sup>1994 [título original: *The people of the Sierra*].
- PRAT, J.; MARTÍNEZ, U.; CONTRERAS, J. y MORENO, I. (1991), *Antropología de los pueblos de España*, Madrid, Taurus.
- REYGADAS, L. (2002), «Producción simbólica y producción material: metáforas y conceptos en torno a la cultura del trabajo», *Nueva Antropología* 60.
- SEVILLA GUZMÁN, E. (1984), *Sobre agricultores y campesinos*, Madrid, Servicio Publicaciones Agrarias.
- SEVILLA GUZMÁN, E. y GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (1993), *Ecología, campesinado e historia*, Madrid, Ediciones La Piqueta.